

A close-up portrait of a woman with long, dark, wavy hair, looking slightly to the right with a thoughtful expression. She is wearing a dark top and a small earring. The background is softly blurred.

DRAMATURGIA

**JORGELINA
CERRITOS**

20 – 21
Memoria
de una pandemia

LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

Los del Quinto Piso

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2020-2021 y es propiedad intelectual de Jorgelina Cerritos (didascalialjorgelinacerritos@gmail.com). Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora.

Jorgelina Cerritos

Dramaturga y actriz salvadoreña. Premio literario Casa de las Américas (Cuba, 2010), Premio Latinoamericano de Teatro George Woodyard (EEUU, 2011), Premio Bienal Internacional de Dramaturgia Femenina “La escritura de las diferencias” (Italia-Cuba, 2012), para sus obras *Al otro lado del mar*, *Vértigo 824* y *La audiencia de los confines. Primer ensayo sobre la memoria*, respectivamente. Es autora de más de treinta piezas de teatro, varias de las cuales han sido publicadas, montadas y traducidas a varios idiomas. Fundadora del colectivo de teatro *Los Del Quinto Piso* (2007). Entre los años 2012-2017 escribe la Trilogía de ensayos sobre la memoria: *La audiencia de los confines*, *Bandada de pájaros* y *13703. El misterio de las utopías*. En 2018 inicia su proyecto *Didascalía. Programa de Formación en Escritura Dramática*, dedicado a la formación de autoras y autores noveles. En 2019, junto a Los del Quinto Piso e Índoles Editores, inicia el proyecto editorial *Cuadernos de Dramaturgia Centroamericana*, con el objetivo de visibilizar y difundir la producción centroamericana de textos dramáticos.

20-21
MEMORIA
DE UNA PANDEMIA

JORGELINA CERRITOS

20-21 Memoria de una pandemia

DESPUÉS

PERSONAJE:

Mujer en cuarentena

Una ventana, una puerta y una silla blanca donde la Mujer en cuarentena, en sus cinco sentidos, pasa los días de “aislamiento social”. En algún lugar, un celular y una laptop.

Día sin cuenta después del encierro

La Mujer en cuarentena, sentada en la silla blanca. Sola. Inmóvil.

Mujer en cuarentena:

Sentada en esta silla blanca, sola, inmóvil, ¿esperas? ¿Qué esperas?

Escucha tratando de romper el silencio y el tiempo.

Escuchas tratando de romper el silencio y el tiempo. No escuchas nada. Quizás el sonido de los pequeños huesecitos de tu cuello cuando ladeas la cabeza, como las palomas de la plaza.

Se detiene.

Las palomas de la plaza... ¿seguirán llegando al mediodía?... ¿cada mediodía como lo hacían antes, antes de todo esto, cuando pasaba con mi hija de la mano? La mano...

Se acaricia la mano.

¿Cómo eran las palomas de la plaza y la mano de mi hija, antes del encierro?

Se levanta de la silla. Trota por la habitación. Más rápido. Cada vez más rápido. Más rápido. Se detiene rendida.

Estoy teniendo problemas para respirar...

Día treinta después del encierro

La Mujer en cuarentena, sentada en el suelo frente a una laptop encendida.

Mira videos. Elige los que están siendo virales.

Animales en grupos y lugares descomunales, ciudades cosmopolitas

fantasmas, cifras de muertes en aumento, un mapa con actualización en vivo, aplausos a las seis de la tarde, gente en los balcones, cantando. Hospitales de primer mundo, desbordados.

Ella mira y pasa, mira y pasa, mira y pasa.

Suena su celular. En la pantalla, repetidamente, el nombre del contacto. "Madre".

Lo mira. Lo deja sonar. Termina la llamada.

Día doce después del encierro

La Mujer en cuarentena canta.

Me desperté una mañana
desteñida
despintada,
la risa corría lejos
donde el río se acaba.
Estoy aquí, hijita
espero
no te vayas.
Devuélveme la sonrisa
el río
las montañas.
Tu mano correteando
con las palomas de la plaza.
Dame el abrazo prohibido
la mirada.

Espero
no te vayas.

Día del encierro

En la silla, con papel y lápiz, escribe sobre la laptop cerrada. En la medida que escribe, hace cuentas, tacha, escribe, suma, resta, rompe papeles. Febril.

Mascarillas, alcohol gel, galletas, frijoles, masa para tortillas, mascarillas, alcohol gel, arroz, azúcar, atún y pasta. Alcohol gel, mascarillas, papel higiénico y toallas sanitarias. Desinfectante, desodorante, vinagre, lejía, limones y bicarbonato. Papel higiénico, mascarillas, toallas sanitarias, desinfectante, alcohol gel, vinagre, lejía. Dulces, atún, mascarillas, mascarillas, alcohol gel, desinfectante, papel higiénico, leche en polvo, té para el insomnio, bicarbonato, papel higiénico, saldo para el teléfono, velas, masa para tortillas, mascarillas, ¡guantes! Ni para la mitad de todo esto me alcanza...

Se deja caer al piso.

Día quince después del encierro

La Mujer en cuarentena al teléfono.

No deberías pasar viendo noticias todo el día... Sí, pero te vas a enfermar. ¡Ah, bueno, si de algo nos vamos a morir entonces salí a la calle! No estoy diciendo eso, digo que toda esa desinformación te va a enfermar. No solo el virus es mortal, también como manejan los medios la información. Imaginate eso de poner a la orden la casa de velación y que te estén explicando cómo te van a enterrar... Bueno, está bien, sí, es una realidad pero eso es amarillismo... a lo que me refiero es que la enfermedad es real pero no es la forma de tratarla... te dicen que no entremos en pánico pero el mismo Presidente, en su cadena, te dice que el virus ya anda transitando las calles de San Salvador y ahora que Dios nos ampare, si es que acaso nos lo merecemos como pueblo... ¡Qué es eso, decime! Vaya, vaya, está bien, no hablemos más... Si otro gobierno estuviera resolviendo como él lo está haciendo no lo habrían apoyado ni en la mitad de las cosas que está haciendo... ¡Imaginate! ¡Que te vas a morir mejor!... menos mal no estás preocupada... Sí, madre, sí vas a ver a tus nietas crecer, y sí vas a seguir paseando al perro, ya sé que no te querés morir todavía, y menos de esta forma, sola, en el pasillo de un hospital general desvencijado... No, no estoy trabajando... no creo que me llamen cuando todo pase... porque así es la empresa privada, madre... No te preocupés, ya vamos a ver cómo te ayudo... ya sé que no te alcanza tu media pensión... ya vamos a ver... sí, ya vamos a ver... ¿Cuándo? ¡Y yo que sé, cuando todo esto pase, madre!... No, mascarillas no tengo... tampoco alcohol gel...

Deja el teléfono a un lado. La llamada sigue en curso. Ella grita.

Día veinte después del encierro

La Mujer en cuarentena en el suelo, dormida. En la computadora, el Presidente de la república anuncia la prórroga de la cuarentena obligatoria y ordena un metro y medio de “distancia social”. Los centros de contención en caos. Una muchedumbre amontonada en largas filas afuera de los bancos. Las imágenes de un hombre que se lava las manos prolijamente, mientras canta el coro de su canción favorita, tal y como siguen indicando las medidas de prevención.

Un gif de risa incontenible en la pantalla.

Día veinticinco después del encierro

Apareciste ahí, de la nada. Como un hada madrina morena. Nos miraste con tus ojos negros, enormes, tu melena corta y alborotada, y tu impecable bata gris del personal de limpieza. Estábamos en el centro del mundo. Hervía de personas que atestaban de bullicio las calles y ahí, donde los dólares no alcanzan para nada, tomaste de la mano a mi niña y le dijiste amorosa, “disfruta”. Ella dejó de llorar y yo vi tus ojos sonrientes a través de los míos, que se habían llenado de lágrimas. Agitaste tu escobetón como una varita mágica gigante y desapareciste en la nada. ¿Fuiste una alucinación misteriosa? No creo porque tengo la fotografía al lado de mi hija. Sin sonrisas, aún desconcertadas por el encuentro. Eso fue antes “del contagio”. Cuando las palomas llegaban al mediodía sin falta y llenaban nuestra plaza, y los rascacielos de tu ciudad prestada se tapaban los oídos para no escuchar

el ruido de los turistas, día y noche. Ahora, en este encierro, te pienso. No sé tu nombre, no tengo pistas para encontrarte, dudo que después de todo esto el mundo sea el mismo, y mucho menos mejor que antes, lo que hace muy improbable que vuelva a verte. Solo quiero agradecer tu gesto de aquel día porque, aunque fue hace muy poco, era otro tiempo -y aunque no había veda sobre los abrazos no era muy cierto que nos abrazáramos tanto-, y tú, sin conocernos, agarraste la mano de mi niña y le devolviste su sonrisa, a 85 pisos de altura en medio de la ciudad que nunca duerme... o que no dormía, antes de estos días de letargo... Es extraño este tiempo fracturado... nos pone a escribirnos cartas sin sello y sin remitente... con personas que jamás volveremos a encontrarnos...

Día cuarenta después del encierro

Acostada sobre la silla, la Mujer en cuarentena se mira las manos. Se las toca, como reconociéndose.

Miras tus manos, te las tocas, como reconociéndote. Te las llevas a la cara. A la cabeza, al cuello. Te revuelves el cabello. Te pellizcas, te rascas, te golpeas. Te acercas a un espejo que no existe. Sonríes. Ríes. Te carcajeas. Te palpas las manos, el pecho, el vientre, las piernas. Cierras los ojos y sueñas.

Cierra los ojos. Sueña.

Abre puertas y ventanas. Se agita una cortina blanca. Baila. No hay música, pero baila.

La música va por dentro, la música va por dentro, por dentro.

Se contorsiona. El viento le sopla en la cara.

La música va por dentro, por dentro, por dentro.

La sirena de una ambulancia.

Despierta.

Las puertas y las ventanas están cerradas. El viento no sopla.

Día X y contando... 11 de marzo se declara la emergencia, 12 de marzo se suspenden las clases. 18 de marzo se decreta Estado de Excepción y cuarentena obligatoria. Hay gente detenida por andar fuera de casa. Prescriben los Derechos Constitucionales. Aeropuerto cerrado, albergues hacinados para los que vinieron de afuera. Primera muerte en Guatemala, primer caso en Belice, último país latinoamericano en presentar contagios, muertos y cuarentena en Honduras, Panamá y Costa Rica. Todos los casos hasta el momento, importados. Ya no hay otras noticias en la televisión salvadoreña, ni en los diarios. Los noticieros ya no hablan de pandillas, ni homicidios, ni dengue, ni deportados. En Nicaragua no hay medidas y todavía celebraron con abrazos el Día del Teatro. Se popularizan los términos pandemia, distancia social, cuarentena. Todo olvidado en Centroamérica hasta que “pase la emergencia”.

La sirena de una ambulancia.

De nuevo despierta.

Corre hacia la puerta. Está cerrada. Abre las ventanas, saca los brazos. Las manos crispadas buscan encontrarse con alguien. No hay nadie.

El miedo viene por dentro. Por dentro, por dentro...

Un día antes del encierro

El rostro de la Mujer en cuarentena en video llamada. Animada. Contenta.

No tengo ganas de hacer nada. Ni de salir, ni de hablar, ni de nada. Iba a ir donde mi madre, pero voy la otra semana. Solo quiero estar aquí, en casa. La niña fue a pasarse el fin de semana con las primas, así que no tengo obligación de nada. Recién llegué de viaje. Washington, Nueva York e Ithaca. Quería quedarme unos días más pero no podía por la universidad, me hubiera gustado, ¡lástima!... En España y en Italia está terrible... me da feo, tengo amistades allá... Aquí dicen que no hay casos, aunque da qué pensar... a ver cuánto tiempo tarda en llegar...

Un día después del fin del encierro

Una voz perifonea, anunciando el final de la pandemia.

La Mujer en cuarentena abre la ventana, respira con dificultad. Saca las manos. Se estremece. Las mete. Se da cuenta que las tiene heladas y que tiembla.

El miedo viene por dentro, recuerda.

Se aleja de la ventana. Se sienta de nuevo en la silla blanca.

Sola. Inmóvil. ¿Esperas? ¿Qué esperas?

Se lava las manos, la cara, los brazos. Toma una mascarilla.

Cuando te vea no me beses y no me abrases. Es más seguro vernos de lejos. Cuando te vea no me preguntes qué he hecho en todo este tiempo. Ni si tengo miedo, ni si tengo ganas, ni si tengo sueños. Cuando te vea no voy a decirte que ya no confío en nada, que me vi vulnerada, que tengo muchos muertos que lloran a mi espalda. Que tú, hijita, quedarás marcada por el recuerdo de una pandemia que no entendías, pero que cada noche sumaba enfermos y muertos.

No me pidas que te cuente cómo eran los lugares que ya no son como fueron, ni que salga de la casa y hable con alguien. No me pidas que mire a los ojos y hable con palabras, si acaso mejor mando mensajes o audios. No voy a contarte que el silencio de las noches me angustiaba y que por las mañanas debía cargarme de confianza para acompañarte, por teléfono,

en tus juegos y en tus tareas. Que ya no quería ver noticias, ni leer artículos, ni asomarme a la ventana porque era de eso de lo único que se hablaba. Que es cierto que lloraba por los muertos y por los enfermos, pero que sentía impotencia cuando pensaba que hay en el mundo cosas terribles, niñas robadas, mujeres asesinadas, personas abandonadas muriendo a diario, por años, en los hospitales de Latinoamérica y nadie dice nada. Que nos decían que el contagio no distinguía edad, ni género, ni clase, “el virus nos iguala”, publicó Madonna en su bañera de su apartamento en Nueva York, pero la muerte que arrasó con nosotros no empezó con el virus, hijita, empezó mucho antes de la cuarentena. Antes, antes de los terremotos, antes de las dictaduras, de las guerras. Antes de la destrucción del planeta por la riqueza obscena, la explotación, los abusos y la indiferencia. Antes, mi niña, antes de la pobreza y de la tristeza. Cuando te vea no me digas, “madre, confía, el mundo aprendió la historia, lo haremos de nuevo y seremos mejores”, porque no lo creo. Cuando te vea, si me atrevo a salir de este encierro, te miraré a los ojos, mi hermosa, y sabrás una sola cosa, que aún de lejos, te quiero.

Se pone la mascarilla. Se levanta de la silla. Le cuesta. Apenas camina. Apenas se mueve. Abre la puerta. Intenta salir. No se atreve.

La voz que perifonea se aleja. Respira con dificultad. Suena el teléfono.

Se escucha la voz de una niña.

Voz de niña: Mami, mami... ¿Estás bien?... ¡Ya podemos salir, mami!
¡Vamos a ver si están las palomitas de la plaza!

Ondea la cortina de la ventana.

En el umbral, la Mujer en cuarentena sigue intentando respirar.

San Salvador, abril, 2020.

20-21 Memoria de una pandemia

LA ISLA

*El deber del superviviente
es dar testimonio de lo que ocurrió.*
Elie Weisel

PERSONAJES:

Nieto 1

Nieto 2

La madre

La hija

El hijo

La abuela del vestido de plata

El hombre de la milpa y el frijolar

El muchacho de la gabardina larga

El perro ciego

El hombre de la pala

INCINERACIÓN

Nieto 1: No te atrevás.

Nieto 2: No me digás lo que tengo que hacer.

Nieto 1: No la toqués.

Se interpone.

Nieto 1: Vas a tener que pasar sobre mí.

Pelean.

La madre: ¿Qué les pasa a ustedes?

Nieto 1: Decíselo a éste.

Nieto 2: Apesta.

Nieto 1: ¿Y?

Nieto 2: Hay que sacarla de aquí.

Nieto 1: Sobre mi...

Nieto 2: ¿Cadáver?

Van a pelear de nuevo.

La madre: ¡Sentados los dos!

Nieto 2: Nos vamos a enfermar.

Nieto 1: Todos nos vamos a enfermar.

Nieto 2: Hay que sacarla de aquí.

Nieto 1: Tirarla, quemarla, abandonarla.

Nieto 2: Que se la coman los perros.

Nieto 1: Estás hablando de la abuela.

Nieto 2: Estoy hablando de una muerta.

Nieto 1: Pero es la abuela.

Nieto 2: Era.

Nieto 1: Es.

Nieto 2: Lo que se pudre ahí adentro ya no es la abuela. Es un saco de virus que pululan y nos esperan para meterse en nuestras narices y comernos por dentro. Es una llaga leprosa que habrá que tirar lo más lejos.

Nieto 1: Callate.

Nieto 2: Son cientos de muertos, ¿no te das cuenta? Ahí afuera, en las cunetas, están esperando que se los lleven, que los recojan, que los quemen. Yo quiero asegurarme que desaparece del mundo con sus pulmones putrefactos.

Nieto 1: Sos un hijo de puta.

Nieto 2: Vos tenés tanto miedo como yo, como mamá que se hace la que reza para no oír nada. Vamos a sacarla de aquí entre los dos. Vamos a pedirle que nos perdone, y vamos a poner a esa luna como testigo de que le prendimos fuego con cariño, como cuando ella encendía las velas en la iglesia. Eso solo nosotros lo podemos hacer por ella. Ella va a seguir descomponiéndose ahí adentro, esperando para llevarnos a la tumba. Los camiones no van a pasar ahora, ni mañana, ni nunca. Este pueblo no aparece en el GPS o como se llame ahora esa mierda, no aparece. Nos vamos a podrir con ella, hoy, mañana, pasado mañana, y cuando nos encuentren van a clausurar esta casa para siempre.

Nieto 1: Sos una mierda.

Nieto 2: Agarrá ese palo, esa hacha, esa botella. Traé los fósforos y algún rosario.

Nieto 1: No.

Nieto 2: Vos tenés tanto miedo como yo.

Nieto 1: No.

Nieto 2: Y sabés que aquí nunca va a venir nadie, ni por ella ni por nosotros. A nadie le importa si nos morimos todos en estos cantones de mierda. Ni siquiera en las estadísticas oficiales vamos a estar.

Nieto 1: No podés hacerle esto a ella y no podés condenarme a mí a...

Nieto 2: No soy yo el que le está haciendo esto a ella, ¿no entendés?
A todos nosotros nos condenaron a todo esto hace muchos años.

La madre se levanta.

La madre: Agarren ese palo, esa hacha, esa botella. Yo llevo los fósforos y el rosario.

CANTO A LA LUNA

La abuela del vestido de plata:

Cava, cava, cava,
siembra una semilla.

La luna florece
y en blanca mantilla
se envuelve,
se envuelve.

Cava, cava, cava,
ya crecen los nardos.

La luna sonríe
y en hilos plateados
se envuelve,
se envuelve.
Cava, cava, cava,
se alejan los vientos.
La luna tan triste
de viejo silencio
se envuelve,
se envuelve.

RECIBIMIENTO

El hombre de la pala:  Y usted qué cree?  Que me gusta estar aquí?

No me mire, no me juzgue y no me joda. Soy el primer encuentro que tiene cualquiera cuando llega aquí. Debo darle todas las indicaciones, todas. A todos. Siempre. Y si pudieran, capaz hacen preguntas para ver cómo salir. Yo debo acomodar las respuestas a las necesidades, a los miedos y a lo que no se les puede decir porque no lo van a entender o porque no lo quieren saber.

Soy el primero al que ultrajan si les va mal y del que nunca se despedir an si les fuera bien. Soy el que está aquí desde que amanece hasta que el sol se va. Podría decirse que soy el amo y señor del reino de los muertos.

No me mire así, ya le dije, no me juzgue y no me joda. Si no hago chistes con esta pestilencia, porque eso es lo que es, una pestilencia, me voy a podrir antes de tiempo. Apesta el

camino, apestan las veredas, apesta mi baño, mi cama, la cocina, el miedo, la política y los enfermos.

¿Sabe la cara con que vienen? Los ojos perdidos, las manos les tiemblan, saben que de aquí no habrá regreso. ¿Ha visto las noticias? Todos esos países del primer mundo que le llaman, en la mierda. ¿Cómo no nos va a joder ese animal a nosotros aquí? A los caravaneros, a los tepemesinos, “¡a los reyes de la página roja!” ¿Sabe dónde estamos?... qué raro que no lo sepa... ¿sabe en qué año estamos?... raro es que no se acuerde... ¿sabe cómo se llamaba siquiera?... no me lo diga, eso es lo único que no quiero saber... tengo que ver cómo hago para acomodarla aquí, sin preferencias, sin lástima, sin privilegios, sin compasión... este lugar es una mierda... el agua no corre por la tuberías, pero nos rodea por todos lados... y ni siquiera podemos decir *si las paredes hablaran* porque no hay paredes... solo una cosa le aconsejo... guarde medio metro de distancia con todo el que se encuentre, no vaya a ser...

Ríe a carcajadas con una boca sin dientes.

¡No me mire así, se lo dije, si no hago chistes con esta pestilencia...! No mire el cielo... No mire el cielo porque la luna nos mira feo y nunca se va... ¡Colabore doñita, hágase para allá! ¡Al fin y al cabo ya no la pueden contagiar!

Vuelve a reír mientras cava y le echa tierra encima.

EL SONIDO DE LOS PINOS

El perro ciego: Salí de la casa sin renegar. Me sentía confiado porque iba acompañado. Era alentador sentir la compañía en estos días de medicinas y malestares. Me dolía todo. Si hubiera podido, desde hacía días habría pedido que me dejaran descansar. No podía comer ni dormir. Solo estaba. Eso, solo estaba. Así que salí de la casa sin renegar y confiado. El sol me supo muy tibio y el viento, que apenas movía los pinos, era agradable. Todo era agradable. Tanto, que hasta el malestar me era llevadero. No volví la mirada para despedirme, ya iba a regresar. En el carro cerré los ojos y cuando los abrí de nuevo, estaba en la camilla del hospital. El médico ya me era familiar. También las maniobras que iba a hacer conmigo. Me pasaron una mano cariñosa por la cabeza y vi la jeringa que otra vez iba a entrar en mi cuerpo. Esta vez, sin embargo, no sentí el ardor de siempre, al contrario, sentí un sopor que se apoderaba de mis ojos ciegos. En medio de la oscuridad, alcancé a sentir que se abría una puerta y me dejaban solo. En ese mínimo instante, antes de dormirme, me sentí solo. Muy solo. Y me dolió no haber vuelto la mirada para despedirme. Era un mal momento para morir.

Ahora estoy tranquilo. Ya nada me duele. Tengo los ojos cerrados y siento el abrazo que me arropa. Oigo el sonido de los pinos que se mueven, despidiéndome, y voces de niñas a lo lejos. No sufro pero no vivo, entonces estoy solo, y si estoy solo, estoy triste. Yo era un perro de compañía y ahora todos estamos solos...

Este ha sido un mal año. Un mal momento para morir.

MALA SEÑAL

La hija: Está aquí, en el carro.

El hijo: ¿Qué decís?

La hija: Que está conmigo en el carro.

El hijo: No te oigo.

La hija: Hola.

El hijo: ¿Por dónde venís?... ¿Hola?

La hija: Voy de camino para la casa.

El hijo: ¿Para la casa?

La hija: Sí, para la casa.

El hijo: ¿Para cuál casa?

La hija: Para la casa. Que te digo que mi papá está aquí conmigo en el carro.

El hijo: No te oigo bien. ¿Qué dijo el doctor?

La hija: ¡No me has entendido nada!

El hijo: ¡No te escucho nada!

La hija: Se cayó el tambo ese, el del oxígeno.

El hijo: Detenete en algún lugar donde haya mejor señal para entender bien lo que está pasando.

La hija: ¡No me voy a detener! ¡Esta vez no me voy a detener! Y no me importa si no escuchás bien lo que te voy a decir, pero te lo voy a decir mientras sigo manejando porque no puedo más, y no me voy a detener ni un ratito porque no vaya a ser que todo se termine de joder... Si me estás escuchando te digo, y no lo voy a repetir, llevaba a mi papá al hospital, me dijo que ya no aguantaba y que lo dejáramos descansar... Me detuve un instante, un instante para pensar...

El hijo: ¿Cómo decís?

La hija: El médico me había dicho que si lo ingresábamos lo iban a entubar y ahí se nos iba a morir... Puse el tambito de oxígeno cerca de sus pies y cuando me di la vuelta, estaba quebrado. No sé si se rodó o él lo golpeó... Me acababa de decir que lo dejáramos descansar...

El hijo: No se te escucha nada.

La hija: Después de eso dejó de respirar.

El hijo: Me estás preocupando.

La hija: Lo llevo aquí en el carro, atrás...

El hijo: ¿Por qué venís para acá?

La hija: Lo vamos a poder velar y enterrar.

El hijo: ¿A quién van a enterrar?

La hija: ¡Putá, hay un retén!

El hijo: ¡Solo decime cómo siguió mi papá!

AL VOLANTE

El muchacho de la gabardina larga: Veo una puerta inmensa. Sólida. De madera. Las campanas repican y la puerta se abre. Se asoman unos ojos inmensos acompañados de una sonrisa. La puerta se abre, invitándome a entrar, y entro. Alguien me extiende la mano y avanzo tranquilo. La decoración es preciosa. Cuidada con detalle, y la música acorde con el concepto. *“¿No puede atenderme en este momento? Puedo esperar un rato más. Vine lo más rápido que pude, esperando que pudieran atenderme”*. La puerta se abre, la mano se extiende, los ojos, las campanas. Sigo delirando mientras espero, pero me canso, me cuesta respirar. Me subo apresurado al carro, conduzco pensando que alcanzaré a

llegar a otro hospital. Sigo avanzando tranquilo, me gusta el delirio porque respiro tranquilo. Sonrío. ¿A quién le sonrío? Nadie va al lado mío mientras conduzco, pero sonrío y me calmo. La música me gusta, los colores elegidos, el ambiente. Me gustaba mi trabajo. ¡Crear ambientes! Ahora sé qué les causaba el encontrar la sorpresa al cruzar la puerta y ver sus ilusiones materializadas en el espacio... Oigo mis palabras, *“¿No puede atenderme en este momento? Puedo esperar un rato más. Vine lo más rápido que pude, esperando que pudieran atenderme. Me está costando respirar”*. Vuelvo a agarrar el volante, conduzco apurado. Me canso, me asusto, y nadie va al lado mío mientras conduzco asustado. Pienso en mi madre. Sola. Sola, mi madre. Perdoname mamita, perdoname... Como no tengo hermanos ni hermanas pienso en mis amistades. ¿Por qué me está pasando la vida enfrente del parabrisas mientras conduzco en esta noche solitaria? Vuelvo a escucharme *“¿No puede atenderme en este momento? Puedo esperar un rato más. Vine lo más rápido que pude, esperando que pudieran atenderme. Me está costando respirar. Mucho, cada vez más”*. Cada vez más. No creo poder agarrar de nuevo el volante y manejar. Creo que me quedaré dormido aquí, en el parqueo de este hospital. Ha vuelto la música, me gusta. Antes de decorar espacios blancos, cantaba. Ahora pasa la vida frente al parabrisas y también canto. Canto mientras camino libre una tarde de octubre, con mi gabardina larga ondeando al compás de la alegría que me inunda en esa imagen que guardo de mí mismo para siempre. De nuevo la puerta inmensa, sólida, que se abre. La mano que se extiende, ahora tiene rostro. Soy yo mismo. Soy yo mismo. Soy yo.

En un ataque de tos deja de respirar.

ENCUENTRO EN LA ISLA

El hombre de la milpa y el frijolar: Mi`jo, ¿y usté que hace aquí?

El muchacho de la gabardina larga: Ya ve.

El hombre de la milpa y el frijolar: Ya veo.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Qué le extraña?

El hombre de la milpa y el frijolar: Que se decía que esto no fregaba a los jóvenes.

El muchacho de la gabardina larga: Pues ya ve.

El hombre de la milpa y el frijolar: Ya veo.

El muchacho de la gabardina larga: Ya ve.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Pero no me le fue tan mal?

El muchacho de la gabardina larga: Tan mal como a todos.

El hombre de la milpa y el frijolar: Pregunta tonta.

El muchacho de la gabardina larga: Pregunta, nada más.

El hombre de la milpa y el frijolar: Yo iba camino al hospital. Le había dicho a mi hija que ya no aguantaba, que dejáramos de ir. Ya no podía respirar solito. Pero ella que no, que me andaba con unos tambitos de aire. El doctor le dijo que ya no podía hacer nada, que me llevara al hospital. La oí hablando por teléfono con el hermano, a escondidas para que no me afligiera de más, pero, para entonces, yo ya no estaba afligido, estaba cansado, adolorido. El doctor le había dicho que me iban a entubar. Ella le dijo que si me moría, igual no me iban a poder velar ni enterrar. El cipote no hallaba qué contestar. Eso fue lo que me decidió al final. Ella se descuidó un ratito y

dejó el mentado tambito de aire cerca de mis pies y yo lo hice rodar. Hechos chingaste terminamos, el tambito y yo.

El muchacho de la gabardina larga: Lo siento.

El hombre de la milpa y el frijolar: Yo fui hombre del campo no de ciudad, y al campo tenía que regresar. Quería salir de la casa con los pies mirando al poniente, dejando mi abono en la milpa y el frijolar. Lo único que lamento es que la cipota se anda culpando, que si ella no puso bien el tambo y por eso se cayó, que si no manejó tan rápido, o que si no se hubiera detenido de más hubiéramos llegado a tiempo al hospital. Cuando me vi desde arriba, descansando en paz en el asiento de atrás del carro de la cipota, me tranquilicé, pero cuando la vi a ella, hecha pozol junto a los güishtes del tambo, quise con todas mis fuerzas poderle hablar, decirle que no era su culpa, que con las fuerzas que me quedaban le di una patadita al bolado ese porque quería que me llevara a la casa a descansar.

El muchacho de la gabardina larga: Lo siento.

El hombre de la milpa y el frijolar: No mi`jo, no lo sienta, para sentirlo estoy yo. A ella ya se le va a pasar... Algo ha de haber visto en mis ojos abiertos que le querían hablar, porque me metió al carro y empezó a manejar. No se detuvo por nada y eso que iba hablando con el muchacho y no tenían señal...

El muchacho de la gabardina larga: Discúlpeme.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Y eso?

El muchacho de la gabardina larga: A mí no me fue tan mal.

El hombre de la milpa y el frijolar: No era tan tonta la pregunta.

El muchacho de la gabardina larga: Había una puerta que se abría para mí y había música que llenaba un espacio blanco, muy

blanco, y yo mismo estaba ahí, recibíendome... Fui de un hospital a otro y en ninguno me quisieron atender... Hubo un momento, un solo momento, cuando pensé en mi madre, que la dejaba sola antes de tiempo, antes de siquiera llegar a mis cuarenta años, que me sentí triste... Ella siempre fue fuerte, fuerte para tenerme, fuerte para cuidarme, para criarme... ahora iba a tener que ser fuerte para enterrarme...

El hombre de la milpa y el frijolar: No es natural que las madres entierren a sus hijos.

El muchacho de la gabardina larga: No es natural, pero pasa.

El hombre de la milpa y el frijolar: Pero no es natural.

El muchacho de la gabardina larga: Después tuve un acceso de tos y después nada. La música siguió sonando y la puerta se abrió.

El hombre de la milpa y el frijolar: Morirse es morir, eso natural. Pero de esta forma tan maltratada, casi con saña, eso es maldad... ¿Y a qué se dedicaba usted?

El muchacho de la gabardina larga: A la música y a la decoración.

El hombre de la milpa y el frijolar: Qué alegre.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Cree usted?

El hombre de la milpa y el frijolar: Digo yo.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Y usted?

El hombre de la milpa y el frijolar: A la milpa y al frijolar.

El muchacho de la gabardina larga: Qué alegre.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Cree usted?

El muchacho de la gabardina larga: Pues sabe a verde y a sol.

El hombre de la milpa y el frijolar: Bonito se oye.

El muchacho de la gabardina larga: ¿No lo era?

El hombre de la milpa y el frijolar: A veces.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Y otras?

El hombre de la milpa y el frijolar: Sabía a hambre y a calamidad.

La abuela del vestido de plata:

Cava, cava, cava,
memoria y ombligo.
A palmos de tierra
la vida se pierde
se olvida,
se olvida.
Cava, cava, cava,
palabras vacías.
El hambre
el miedo
ruindades
mentiras,
disecan el alma
y arrugan la vida.
Cava, cava, cava,
se alejan los vientos.
En viejo silencio
la vida termina,
la luna plateada
se envuelve,
se envuelve,
suspira
y suspira.

El hombre de la milpa y el frijolar: Ve, chis, ¿y ustedé?

El muchacho de la gabardina larga: ¿La conoce?

El hombre de la milpa y el frijolar: No, ¿ustedé?

El muchacho de la gabardina larga: Tampoco.

La abuela del vestido de plata:

No lloren hijitos,
la culpa no es suya.
La abuela les baila
con rayos de luna.

El muchacho de la gabardina larga: Se ve triste.

La abuela del vestido de plata:

El hambre
el miedo
ruindades
mentiras,
que sean malditas
bajo las arcillas.

El hombre de la milpa y el frijolar: Se ve brava.

El muchacho de la gabardina larga: Se ve muerta.

El hombre de la milpa y el frijolar: Usté también.

El perro ciego los escucha.

El hombre de la milpa y el frijolar: Ese perrito también.

El hombre de la pala: ¿Y ustedes qué piensan? ¿Que es fiesta la cosa
aquí?

El hombre de la milpa y el frijolar: Ya va a ser Navidad.

El muchacho de la gabardina larga: ¡Qué rápido! ¿Ya va a ser?

El hombre de la milpa y el frijolar: Creo yo.

El hombre de la pala: Acostándose pues, que los tengo que enterrar.

*La abuela del vestido de plata, baila. Acaricia al Perro ciego. Él le
mueve la cola.*

El hombre de la milpa y el frijolar: Ya va a ser Navidad.

El muchacho de la gabardina larga: ¡Qué año!

El hombre de la milpa y el frijolar: ¡Qué año!

El perro ciego: No era un buen año para morir.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¡Ve, habló este! ¿Y vos, qué?
¡Qué saben de eso los perros! Nunca es un buen año para morir.

El perro ciego: Pero hay mejores.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¡Qué saben los perros!

La abuela del vestido de plata:

Siembra una semilla
la luna florece
y en blanca mantilla
se envuelve,
se envuelve.

El perro ciego se le acerca. Ella se acurruca a su lado.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Y usted dónde me dijo que...

El hombre de la milpa y el frijolar: En el carrito de mi hija.

El muchacho de la gabardina larga: ¡Ah, sí, yo también!

El hombre de la milpa y el frijolar: No mienta, ahí solo iba yo.

El muchacho de la gabardina larga: En mi carro, en el parqueo del hospital.

El hombre de la milpa y el frijolar: Cierto, eso me contó.

El muchacho de la gabardina larga: Ya nos falla la memoria.

El hombre de la milpa y el frijolar: También debe ser natural.

El muchacho de la gabardina larga: Debe ser.

El hombre de la milpa y el frijolar: Eso era mal agüero.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Qué cosa?

El hombre de la milpa y el frijolar: No hallar parqueo.

El muchacho de la gabardina larga: Lo que no hallaba era hospital que me quisiera atender.

El hombre de la pala: Ven cómo nos complementamos. Dejen de hablar paja y déjenme trabajar.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Y en qué nos complementamos, según usted?

El hombre de la pala: Ustedes allá abandonando gente y yo aquí, enterrando gente. ¿Le parece poco?

El hombre de la milpa y el frijolar: Pues visto así.

El perro ciego: Así debe ser.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Hace cuánto que está?

El hombre de la pala: ¿Qué cosa?

El muchacho de la gabardina larga: Usted, en este lugar.

El hombre de la pala: Uno más y serán 200 años, el año entrante para ser exactos.

El muchacho de la gabardina larga: Eso es mucho.

El hombre de la pala: Algo es algo.

El hombre de la milpa y el frijolar: Díganme la fecha de hoy.

El hombre de la pala: Me extraña que no la sepa.

El hombre de la milpa y el frijolar: La sé.

El hombre de la pala: ¿Entonces?

El hombre de la milpa y el frijolar: Es que la quiero recordar porque la quiero olvidar.

El perro ciego: Es mejor ser perro.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¡Este sí ve! Y por qué, si se puede saber.

El perro ciego: Porque no tenemos noción del tiempo, ni de la vida ni de la muerte.

Entran en una especie de lapsus.

El muchacho de la gabardina larga: Salí de la casa sin renegar.

El hombre de la milpa y el frijolar: Me sentí confiado porque iba acompañado.

El perro ciego: Era alentador sentir la compañía, en estos días de medicinas y malestares.

El muchacho de la gabardina larga: Me dolía todo.

El hombre de la milpa y el frijolar: Si hubiera podido desde hacía días habría pedido que me dejaran descansar.

El muchacho de la gabardina larga: No podía comer ni dormir.

El hombre de la milpa y el frijolar: Solo estaba.

El perro ciego: Solo estaba.

El muchacho de la gabardina larga: Así que salí de la casa sin renegar y confiado.

El perro ciego: El sol me supo muy tibio y el viento que apenas movía los árboles era agradable.

El hombre de la milpa y el frijolar: Todo era agradable.

El muchacho de la gabardina larga: Tanto que hasta el malestar me era llevadero.

El perro ciego: No volví la mirada, pensando que ya iba a regresar.

El hombre de la milpa y el frijolar: En el carro cerré los ojos y cuando los abrí de nuevo, estaba en la camilla del hospital.

El perro ciego: El médico ya me era familiar.

El hombre de la milpa y el frijolar: También las maniobras que iba a hacer conmigo.

El muchacho de la gabardina larga: Me pasaron una mano cariñosa por la cabeza.

El perro ciego: Y vi la jeringa que iba a entrar de nuevo en mi cuerpo.

El hombre de la milpa y el frijolar: Esta vez, sin embargo, no sentí el ardor de siempre.

El perro ciego: Sentí un sopor que se apoderaba de mis ojos ciegos.

El muchacho de la gabardina larga: En medio de la oscuridad alcancé a sentir que se abría una puerta y me dejaban solo.

El perro ciego: En ese mínimo instante, antes de dormirme, me sentí solo.

El hombre de la milpa y el frijolar: Muy solo.

El muchacho de la gabardina larga: Y me dolió no haber vuelto la mirada para despedirme.

El perro ciego: Era un mal momento para morir.

Salen del lapsus.

El muchacho de la gabardina larga: Eso es bueno.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Qué cosa?

El muchacho de la gabardina larga: No tener noción de nada, como los perros.

El perro ciego: ¡Se los dije!

El hombre de la milpa y el frijolar: Para la milpa no. Tampoco para el frijolar.

La abuela del vestido de plata:

La luna,

la luna,

la muerte,

la vida.

Cava, cava, cava,

que todo termina.

El hombre de la pala: Bueno, ustedes me van a perdonar, pero yo no tengo el tiempo de ustedes.

La abuela del vestido de plata: La luna tan triste...

El hombre de la pala: Y eso también es con usted, doñita.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Entonces?

El hombre de la pala: Que se dejen enterrar de una vez.

El perro ciego se acerca a La abuela del vestido de plata. Ella lo acaricia. Él la lame. Se abrazan.

La abuela del vestido de plata: Ya no tengo miedo. Ahora estoy con
vos.

El muchacho de la gabardina larga vacila. El Hombre de la milpa y el frijolar lo nota.

El hombre de la milpa y el frijolar: Venga mi`hijo, acérquese.

El muchacho de la gabardina larga se acerca. Tienen el impulso de abrazarse, pero no lo hacen.

Todos se acuestan. El hombre de la pala va a echar la primera palada de tierra.

El muchacho de la gabardina larga: Espere.

El hombre de la pala: ¿Y ahora qué?

El muchacho de la gabardina larga: ¿Dónde es aquí?

El hombre de la pala: ¿Cómo que donde es aquí?

El muchacho de la gabardina larga: Sí, ¿dónde?

El hombre de la pala: Es algo así como el final de la recta final.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Por qué se oye el mar?

El hombre de la pala: ¡Ah, pensé que se refería en sentido figurado!

El muchacho de la gabardina larga: ¿En sentido figurado?

El hombre de la pala: Como le oí decir que era artista.

El muchacho de la gabardina larga: No, no era en sentido figurado.

El hombre de la pala: Porque estamos rodeados de agua.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Estamos en una isla?

El hombre de la pala: Así es.

El hombre de la milpa y el frijolar: Vaya, nunca estuve en una isla.

El hombre de la pala: Pues ahora lo está.

El perro ciego: ¿Vamos a ver?

El hombre de la milpa y el frijolar: Y vos qué vas a ver perro, si ni ojos buenos tenés.

El perro ciego: Pero mi nueva ama sí.

El hombre de la pala: Tampoco mi jito.

El perro ciego: ¡Ah... entonces no!

El muchacho de la gabardina larga: Una isla...

El hombre de la milpa y el frijolar: Nunca estuve en una isla.

El muchacho de la gabardina larga: Entonces llegamos, de verdad.

Ahora, El Hombre de la milpa y el frijolar vacila y El muchacho de la gabardina larga lo nota.

El muchacho de la gabardina larga: Ahora acérquese usted.

El hombre de la milpa y el frijolar: Solos nacimos y solos vamos a morir.

El perro ciego: ¡Pero el abrazo se siente bien!

El hombre de la milpa y el frijolar: ¿Qué saben de eso los perros?

El perro ciego: De abrazos sí que sabemos bien.

El hombre de la pala: Perdónenme que me meta...

El perro ciego: ¡Que lo dejemos trabajar! ¡Pero qué insensible es usted!

El hombre de la pala: ...dicen que si logramos descansar aquí, también descansan los que dejamos allá...

El hombre de la milpa y el frijolar: No era nuestro tiempo, no fue natural.

El muchacho de la gabardina larga lo abraza fuerte.

El muchacho de la gabardina larga: Que sepan que la luna nos cobija noche y día, que los pinos que se mueven con el viento nos susurran en los oídos, que están en el abrazo que se da antes del sueño y que el miedo se nos está yendo porque ya no estamos solos.

Todos juntos se vuelven a acostar. La abuela del vestido de plata canta una canción de cuna.

La abuela del vestido de plata:

Aquí estamos
cual niñitos
muy dispuestos a dormir,
calladitos
arropados
hacia la noche sin fin.
Aquí estamos
cual niñitas
con sonrisa de marfil,
quietecitas
esperando
un abrazo y cien y mil.

Silencio eterno.

El hombre de la milpa y el frijolar se incorpora.

El hombre de la milpa y el frijolar: ¡Apure pues, apure papito!

El hombre de la pala: Ya voy.

El hombre de la pala no se mueve.

El perro ciego: ¿Y ahora qué?

El hombre de la pala: Nada.

El muchacho de la gabardina larga: ¿Entonces?

El hombre de la pala: Esperando... por si me quieren volver a interrumpir...

El muchacho de la gabardina larga: Yo no.

El perro ciego: Ni yo.

Sigue sin moverse.

El perro ciego: ¿Y ahora?

El hombre de la pala: Solo decirles que esto no es nada personal.

El perro ciego: Es su trabajo, mi amigo.

El hombre de la milpa y el frijolar: Usté, dele mi`jito.

Se dispone a cavar. Se detiene de golpe.

El hombre de la pala: ¡Putá, mierda!

El muchacho de la gabardina larga: ¿Y ahora?

El hombre de la pala: ¡Ahí vienen más!

VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Nieto 1: ¡Feliz año!

Nieto 2: ¡Feliz año!

Nieto 1: ¡Feliz año, mamá!

Nieto 2: ¡Mamá, venga!

Nieto 1: ¡Salga un rato!

Nieto 2: ¡Y dígale a la abuela que ya son las doce!

Nieto 1: ¡Que venga por el abrazo!

Sale La madre. Se abrazan.

Nieto 1: Feliz año, madre.

La madre: Feliz año.

Nieto 1: ¿Qué le pasó?

Nieto 2: ¿Se había dormido?

Nieto 1: Yo pensé que rezando estaba.

La madre: De repente me quedé dormida.

Nieto 2: Despierte, anímese, son las doce.

Nieto 1: Feliz año, diga.

La madre: Tuve un mal sueño.

Nieto 1: No se tienen malos sueños en año nuevo.

La madre: Pues sí.

Nieto 1: Cuéntelo para que le pase.

Nieto 2: Pero después, ahorita no.

Nieto 1: Así no se le hace realidad.

Nieto 2: ¿Qué le pasó?

Nieto 1: ¿Por qué llora?

La madre: Era muy real.

Nieto 2: Por andar viendo tonteras en la tele.

La madre: Y esa luna nos miraba feo.

Nieto 1: Ya, ya, pasó.

Nieto 2: Aquí nos tiene a nosotros.

Nieto 1: Y nos tendrá para rato.

La madre: Y mi mamá ya no estaba con nosotros.

Nieto 2: La abuela nos va a enterrar a todos.

Nieto 1: Está más pollona que la luna chele, esa.

Nieto 2: Hablando de la reina de Roma...

Nieto 1: ...y ella que se asoma.

La abuela modela su vestido de plata.

La madre: Guapa mi viejita con su estreno plateado.

Nieto 1 y 2: ¡¡Feliz 2020, abuela!! ¡Feliz 2020!

Se abrazan fuerte. Ríen y bailan. La luna los mira y llora.

San Salvador, diciembre, 2020.

20-21 Memoria de una pandemia

ANTES DEL MUNDO QUE CONOCEMOS

PERSONAJES:

La que sueña

La que corre

La que ha crecido

El que se ha ido

La que sueña y La que corre es la misma persona, suspendida en dos espacios-realidades desde donde convive con sus personas-afectos.

I

La que sueña: Anoche soñé algo raro

Pausa.

La que sueña: Feo

Silencio.

La que sueña: No me gusta cuando
sueño

Pausa.

La que sueña: Siento que no descanso

Silencio.

La que sueña: En todo este tiempo solo
he tenido dos sueños feos

Pausa.

La que sueña: Creo

Silencio.

La que sueña: Andaba buscando en
medio de un mar de gente. Mucha
gente. Muchos estaban vestidos de
negro... grises, más bien... Era como
un teatro. Un anfiteatro, más bien.
Casualmente, en medio del gentío, un
hombre agitaba los brazos a la par

tuya y por eso te encontré. Caminé entre la gente, en las graderías, pero me pasé. Entonces me tocó bajar. Pasaba en medio de tanta gente que me apretaba. Nos encontramos a la salida del segundo nivel del anfiteatro. Nos abrazamos. Quería quedarme así, pero entre los codazos y los empujones de la gente, nos separamos. Seguí buscándote, eran demasiadas personas de gris. Empezaba a preocuparme cuando nos encontramos de nuevo a la par de un *pick up*, de esos, doble cabina. Venías feliz junto a un grupo de estas personas de gris. Algo te dije al oído que no pude escuchar, sonreíste y nos subimos apretados en la cabina de atrás. Te sentí ahí, a la par mía. Tan cerca, tan vivo. De repente, estábamos en un corredor al aire libre y la gente iba y venía. Entre la gente, íbamos de la mano buscando la salida cuando de la nada algo te arrastró lejos de mí. Quedamos en extremos opuestos del corredor. Me buscabas con los ojos desesperados y me llamabas por mi nombre. Asustado. Tenía que calmarte, acompañarte. Corrí y nos abrazamos. Entonces pasó lo más

extraño. Caminamos el mismo corredor buscando la salida y de nuevo algo te arrastró al otro extremo, lejos. De nuevo los ojos asustados y mi nombre, llamándome. Corrí a buscarte y de nuevo pasó, y otra vez corrí y otra vez lo mismo. Lo mismo, otra vez y otra, lo mismo. Teníamos miedo y llorabas. Ahí entendí que teníamos que separarnos. Que ya no estábamos en el mismo lado del corredor. Tenía que dejarte, abandonarte. Entendí que si te seguía pensando, siempre querrías venirte conmigo y al ser arrastrado a la muerte, donde ahora pertenecías, ibas a seguir asustado. Si me perdía de tu vista te tranquilizabas y te unías al grupo de gente de gris, tranquilo. Así que la siguiente vez, me escondí. Me perdí de tus ojos. Me olvidaste al instante y seguiste tranquilo. Empecé a buscar la salida entre cientos de personas. De pronto, me encontré perdida en un laberinto de cuartos y puertas. En una de esas, venías de frente y te vi. Caminabas perdido. Los ojos hundidos, extraviados, vidriosos, vacíos, y me escondí en un baño. Me sentiste, te inquietaste, como un niño

perdido, me llamaste. Me tapé los ojos y los oídos, y pasaste de largo. Te fuiste. Te perdiste entre la gente para siempre. Entonces corrí, corrí a la salida, corrí y corrí y corrí y corrí... No era mi tiempo, tuve que salir de ahí y abandonarte...

La que corre:

Diez minutos más

Diez minutos

Diez

Igual que antes

Solo diez

¿Ya pasaron diez?

¡Ya pasaron!

Igual que antes...

Antes

¿Cuándo antes?

Una blusa, una blusa, una blusa

Un pantalón

Ya no me queda

Ya nada me queda

No es como antes

Nada es como antes

Voy al baño, me lavo la cara, los
dientes, los brazos y la espalda

Me baño al regreso

¿Para qué bañarme antes?

Ya es tarde
El dinero
Los zapatos en la puerta
El bolso
El estuche del teléfono
Sin aritos, sin pulseras
Ya no es igual que antes
Maquillaje en los ojos, rímel, las
ojeras
La boca, ¿brillo?
Aunque sea un poco
Ya pasaron diez minutos
¿Ya pasaron?
Diez minutos ya pasaron

Volando
Igual que antes
¿Cuándo antes?
¿Cuánto antes?
Lista
El dinero
Las llaves
El celular y los zapatos en la puerta
Los zapatos en la puerta
Los zapatos
Nada es como antes
Días
Semanas
Meses
Años

¿Cuántos años?
El pasillo, las gradas, el portón
Media cuadra
Una cuadra
La cuesta
Estoy gorda
Nada me queda
Estoy fuera de forma
¿Por qué me siento tan extraña?
Algo se me olvida
Algo me falta
Algo me falta
Algo me falta
Resoplo

Me cansa
Algo me falta
Algo me falta
Ese año
Ese año terminó en marzo
La cara
Me toco la cara
Resoplo
Me siento desnuda
Me detengo
¡Dejé la mascarilla en la casa!

La que ha crecido: ¿Cómo fue ese tiempo? ¿Viviste la guerra, después la posguerra y después la pandemia?

¿Cuántos años tenés, entonces?
¿Cómo te pesa esa historia? ¿Cómo
fue ese tiempo? ¿Cuándo te salieron
canas? ¿Cuándo tuviste miedo?
¿Cuándo me abrazabas? ¿Cómo me
explicabas lo que pasaba? ¿Cuándo
jugabas? ¿Cuándo supiste que todo
terminaba? ¿Qué pensabas cuando
mirabas por la ventana? ¿Cuándo
desaparecieron las hadas, las de los
dientes, esas hadas? ¿Cómo
mantuviste la esperanza? ¿Cómo
perdiste las ganas? ¿Cuándo dejé de
ver a mi abuela? ¿Cómo murieron
todos los perros? ¿Cuántos amigos
perdiste? ¿Cuándo dejé de ser tu
pequeña? ¿Cómo? ¿Cuándo?
¿Cuánto? ¿Cuándo? ¿Cómo era
antes? ¿Antes del mundo que
conocemos ahora?

La que corre: Una mierda. Una
mierda.
Una mierda.

El que se ha ido: No me
abandonaste. Sigo aquí
Sigo aquí

II

La que sueña: Contame un cuento

Un cuento de antes

Decime “Hace mucho, mucho tiempo,
en una tierra muy lejana, la gente era
feliz y se abrazaba”

Así empiezan los cuentos

Porque nadie sabe cuánto tiempo es
“mucho, mucho tiempo” ni dónde es
exactamente “la tierra lejana”

Así empiezan los cuentos

Porque todos saben que en los
cuentos la gente es feliz y se abraza

Les dicen cuentos de hadas y los
cuentan para dormir

Para dormir y tener dulces sueños

Para creer que ese lugar se ha
dormido, pero va a despertar luego

Para existir fuera del sueño

Porque así son los cuentos de
caprichosos

Contame

Contame un cuento

Decime “Había una vez una niña que
volaba, volaba, volaba y revoloteaba
porque era tan feliz que se convertía
en mariposa”

Que era una niña feliz porque era
nuestra y la amábamos
Así se cuentan los cuentos
Con niñas mariposas que vuelan y
revolotean
Para no asustarnos de las mariposas
que sentimos en la
panza cuando llega el miedo con su
cuerpo escuálido y su cara pálida
Contame
Contame un cuento
Un cuento bonito
Un cuento
Bonito...

El que se ha ido: Hubo una vez un
país muy, muy lejano, donde miles y
miles de aldeanas y aldeanos,
cazadores y guerreras, mercaderes y
artesanas, llenaron con sus voces de
disgusto los principales caminos de su
comarca, mientras su joven y apuesto
príncipe se tomaba una selfi al lado de
una bandera que ondeaba por su
cumpleaños número doscientos.

Ese día, una mujer sola, dormía
abrazada a su hija, a su hija hermosa,
tratando de encontrarse en los sueños
con su amado, muerto en un lugar
donde deambulaban fantasmas sin

rostro y sombras cubiertas con máscaras blancas.

Dicen que en esos tiempos, en aquel país, se veía todo tipo de cosas: a los antiguos jueces de la ciudad les daban el título de ancianos y los mandaban a sus casas a tomar el sol, a los emisarios que contaban lo que pasaba en los rincones del pueblo les quitaban la palabra para que no se estresaran contando malas noticias, a los curanderos más sabios les explicaban los manuales de medicina y se aseguraba la salud de las niñas y los niños con vacunas sin receta, repicaban las campanas antes del amanecer, se creaban monedas invisibles hechas con lingotes de oro que se llevaba el viento y se les regalaban a las madres ancianas, la vocación de las maestras era tan férrea que pese a sus cuerpos afiebrados dictaban clases a las sombras de los niños porque los niños no llegaban a clases, se ejecutaban mujeres, se compraban personas, se silenciaban palabras, se engañaba, se perseguía, se migraba, se inventaba, se tuiteaba, se hospitalizaba, se

acallaba, se asustaba, se expulsaba,
se salvequeaba...

¿Te dormiste?

Te dormiste

Así se cuentan los cuentos

La que corre: Nueva normalidad.
Comillas.
Una mierda.

La que ha crecido: En la pared, recuerdo un clavo pequeño del que cuelga un gancho de ropa. De ese gancho de ropa cuelga otro gancho de ropa del que, a su vez, cuelga otro gancho de ropa. De los ganchos pende una docena de mascarillas, listas para ser intervenidas como piezas de arte visual. Las había grandes y pequeñas, blancas, celestes, negras y con dibujos. Eran desechables, pero no se desechaban tan seguido. Se lavaban y se volvían a usar, entonces eran reusables. A veces se reusaban tanto que eran incómodas de reusar. Inútiles de reusar. Estaba ahí, el gancho de ropa colgado del clavo con sus dos ganchos debajo y su docena de mascarillas, detenido en el tiempo,

como en un museo, recordándonos... recordándonos algo... algo que pasó... recordándonos... algo que un día... algo que un día quizás pasó... quizás pasó... quizás a algunas personas les pasó... que quizás algún tiempo, en alguna ciudad, a algunas personas, en alguna época... ¿les pasó?...

El que se ha ido: Y sucedió que una vez, en aquel país lejano, apareció un día callado. Un día que no se sabía qué día era porque no sonaba a nada y no se parecía a nada. El día era un día extraño. Tan extraño que todo se detuvo, callado. El sol se detuvo, el mundo se detuvo, el tiempo se detuvo, la vida se detuvo. Los animalitos del bosque atravesaron largos caminos asfaltados que no llevaban a ninguna parte. El cielo se quitó las nubes de la cara, diciendo “es para verte mejor”, y la gente prometió que iba a ser buena, o al menos diferente... Pero un día, alguien decidió que el día extraño había terminado y se llenaron de ruido los caminos, se escondieron de nuevo los animales y volvieron al cielo las nubes negras, y las personas no

cumplieron su promesa. Volvieron a ser tan egoístas e indiferentes como antes del día callado porque habían olvidado el miedo. Y todo volvió a ser como antes, pero peor porque se habían visto a través de los espejos y los espejos se habían hecho añicos.

La que sueña: Ese no es un cuento de hadas

El que se ha ido: No. Es un cuento de personas

La que sueña: ¿Entonces por qué me lo has contado?

El que se ha ido: Porque era un cuento para despertar

Silencio.

La que sueña: Anoche soñé algo raro

Pausa.

La que sueña: Feo

Pausa.

La que sueña: Soñé que los dos dormíamos y no nos podíamos despertar

El que se ha ido: ¿Y la niña?

La que sueña: La niña no estaba.
Había crecido.

III

El que se ha ido: Contame. Contame
cómo es ahora. Contame cómo es

La que sueña/corre: Qué querés saber

La que ha crecido: Que si vas a ir o
no

El que se ha ido: Cómo es

La que sueña/corre: Llevamos mascarilla

La que ha crecido: ¿Mascarilla?

El que se ha ido: ¿Aún la usan?

La que sueña/corre: Yo no me la puedo quitar

La que ha crecido: Vos

El que se ha ido: ¿Por qué?

La que sueña/corre: Siento que todos me
miran si no la llevo

La que ha crecido: Si la llevo todos
me miran

El que se ha ido: La lleve o no la lleve
a mí ya no me miran

La que ha crecido: Primera dosis
A mí no me dio nada
Segunda dosis
Mi brazo adolorido
Tercera dosis

Fiebre y escalofrío
Cuarta dosis
La lengua se me traba
Quinta dosis
Tengo súper poderes
Sexta dosis
Total inmunidad
Séptima dosis
Mutación genética
Octava dosis
Los sueños no se van
Novena dosis
Todo vuelve a empezar

El que se ha ido: Pensé que había crecido

La que sueña: Es la única ronda que no pudo olvidar

La que ha crecido: En segundo grado aprendí que hay cuentos sexistas y no sexistas, que las instituciones públicas están para servir a la comunidad, que las fronteras administrativas existen para entrar legalmente a otros países y que el teorema de Pitágoras me iba a servir en la vida. En segundo grado, me mintieron.

Silencio.

El que se ha ido: Contame... cómo es...

La que sueña: Hermosa. Hace unos dibujos preciosos. Cuenta cuentos. Canta. Baila. Sueña. Habla. Ríe. Abraza. Vive.

La que ha crecido: Anoche soñé con ustedes

El que se ha ido: Cuenta la historia que un día muy lejano, tan lejano que podría no ser cierto, lo cual no sería extraño pues la Historia nunca ha sido muy sincera que digamos, existió en aquel pueblo un gran imperio. El imperio del águila. El imperio del pan. Del circo y del pan. Donde la gente vivía feliz y contenta en el Estado de la ilusión.

La que sueña/corre: Mientras viajo apretada en el bus veo los rótulos de la calle. “Sea responsable, mantenga un metro de distancia al bajar y subir del bus”. Lo veo cuando viajo apretada en este bus, mientras los diputados en la Asamblea levantan la mano a ciegas y las comunidades de riesgo siguen en riesgo, mientras los datos de contagios, disfrazados, no suben por el peso del disfraz y no por las medidas de bioseguridad y las caravanas de migrantes siguen su camino interminable hacia el norte, mientras las fosas clandestinas salen a

la luz y el *bitcoin* sigue subiendo y bajando al margen de la señora que vende minutas en el *Zonte Beach*... “Mantenga un metro de distancia al bajar y subir del bus”, pienso, antes de lograr bajar del bus en el que llevo meses chocando mi mascarilla gastada con otras mascarillas tan gastadas como la mía, en medio de la catástrofe.

La que ha crecido: Fue raro

Soñé con ustedes

Y conmigo

El que se ha ido: Todavía me duele el pinchazo. No el primero, el segundo. Menos mal ya no me toca ir en buses apretados. El día que me pusieron la vacuna, íbamos metidos en buses, en microbuses, en camiones, apretados, todos los maestros. Todo el personal de primera línea y, por primera vez, a los maestros nos pusieron en algo, como primera línea.

Íbamos en los buses, entre la sofocación de los chistes sarcásticos sobre lo que vamos a contar en cinco años cuando nos salgan pelos en la cara o un brazo de más. Chistes. Chistes de miedo. Lo desconocido da miedo y lo desconocido apresurado da más miedo todavía. ¿Material genético? ¿Nueva tecnología? ¿ARN

mensajero? ¿Proteína S? ¿Virus atenuado? Nadie nos lo había explicado bien, pero íbamos en la disposición de poner nuestro brazo al servicio de la ciencia y las farmacéuticas del mundo. Apretado en el bus pensé en esas películas de trenes de prisioneros que no saben para dónde van, y ya en la silla de la Unidad de Salud pensé en los experimentos humanos y la inoculación, no sé por qué... Hoy ya estuvo, me dije, sosteniendo el algodón en el brazo... Ideas tontas, infundadas... ¡Ja! ¡Lo que hace la desconfianza histórica en la humanidad!...

La que sueña: No le metamos ideas a la niña que la vamos a confundir

La que ha crecido: “Cuando la peste se establece en una ciudad, las formas regulares se derrumban. Nadie cuida los caminos; no hay ejército, ni policía, ni gobiernos municipales. Las piras para quemar a los muertos se encienden al azar y obstruyen las calles en pirámides ruinosas. Las casas se abren, y los pestíferos delirantes van aullando por las

calles con el peso de visiones espantosas. Por los arroyos sangrientos que brotan de los cuerpos pasan raros personajes vestidos de cera, con sus narices de una vara de largo y sus ojos de vidrio. La furia de la codicia entra en las casas abiertas y echa mano de la riqueza. Los sobrevivientes se exasperan, el hijo mata a su padre, el héroe guerrero incendia la ciudad que salvó en otro tiempo arriesgando la vida. El elegante se adorna y va a pasearse por los osarios”.¹

La que corre: ¿De qué estás hablando, hija?

La que ha crecido: De teatro. Lo que equivale a decir, de nada.

Silencio rotundo.

El que se ha ido: Todavía me duele el pinchazo. No el primero, el segundo. Pero aquí tengo a mano mi cartilla completa de vacunación.

La que corre: Primera dosis
A mí no me dio nada

¹ Fragmentos de El teatro y la peste. (1933) Antonin Artaud.

Segunda dosis

Mi brazo adolorido

El que se ha ido: Quizás me faltó el tercer refuerzo

La que ha crecido: Quizás por eso no le funcionó a papá...

La que corre: Sexta dosis

Total inmunidad

Novena dosis

Todo vuelve a empezar

El que se ha ido: ¿Cómo es ahora el mundo? Contame cómo es. ¿Qué cambió después de todo aquello? ¿Crecimos como personas? ¿Como humanidad? ¿Qué aprendimos después de nuestras muertes?

La que sueña/corre: Voy a contarte un cuento...

La que ha crecido: Para dormir y no despertar

IV

El que se ha ido: Me está entrando el sueño otra vez

La que sueña/corre: No quiero volver a soñar que abandono

El que se ha ido: No me abandonaste. Sigo aquí. Solo quiero descansar un rato.

La que ha crecido: ¿Querés que te contemos un cuento?

La que corre: ¿Contemos?
¿Quiénes?

La que ha crecido: Los dos de siempre. Los dos que seguimos con vos, aquí

El que se ha ido: ¿Qué hora es?

La que sueña/corre: A esta hora se escucha el silencio

La que ha crecido: La hora en que pasa un avión que no se mira. El mismo de cada madrugada. El que no cruza el cielo porque va cargado de fantasmas.

El que se ha ido: ¿Qué año es?

La que corre: ¿Cómo era antes?

La que ha crecido: No preguntés

El que se ha ido: ¿Qué año es?

La que corre: ¿Antes? ¿Antes del mundo que conocemos ahora?

La que ha crecido: No lo querrás saber

El que se ha ido: ¿Qué año es?

La que sueña: Es el mismo de ayer

La que corre: Corro

Corro

Camino más lento

Me atravieso la casa para ir del dormitorio al trabajo

Arriba la blusa

Abajo la pijama

Sola

La casa sola

Sola

La niña creció

Y vos...

Tengo sueño

Pausa.

La que corre: ¿Quisieras verlo?

La que ha crecido: ¿Verlo? ¿A
quién?

La que corre: ¿Cómo a quién? A tu
papá. ¿Quisieras?

Silencio.

La que corre: No tengás miedo

La que ha crecido: Vos lo has tenido

La que corre: Porque he soñado que
lo abandono

La que ha crecido: Un sueño feo

El que se ha ido: No me
abandonaste. Sigo aquí

Pausa.

La que corre: Un sueño feo

El que se ha ido: Sigo aquí

Pausa.

La que corre: ¿Quisieras?

Pausa.

El que se ha ido: Sigo aquí...

La que corre: Cerrarás los ojos y te
dormirás un poco, aquí, a mi lado

Silencio.

La que corre: ¿Entonces?

La que ha crecido: Entonces,
duermo

Silencio onírico.

La que sueña: Soñémonos en un cuento de
hadas

La que ha crecido: Las hadas no vienen desde
que mudé todos los dientes de leche

El que se ha ido: Había una vez un país
chiquito, muy chiquito, tan chiquitito que cabía
perfectamente en los mapas de bolsillo que las
hadas dejan bajo las almohadas para no
perderse en el camino

La que ha crecido: Sin saber que el país se
había perdido a sí mismo porque no sabía leer
mapas

La que sueña/corre: Podrída

Abro los ojos y estoy podrida
El mundo me despacha antes de tiempo
Y yo le devuelvo al mundo una cachetada
Por mentiroso
Por hipócrita
Por obsceno y por estúpido
Por incoherente
Porque nada tiene sentido
O el sentido que tiene, es nada
Corro
Para que no me alcance la rabia
Sueño
Para que no me venza la desilusión
Me oigo y no me reconozco
El que se ha ido: Has crecido
La que ha crecido: Hemos crecido
La que corre: Yo envejecí
El que se ha ido: Yo morí
La que ha crecido: Hubo una vez una niña que
volaba, volaba, volaba y revoloteaba porque a
pesar de todo era feliz

Silencio.

La que ha crecido: ¿Duermen?

Duermen

Así se cuentan los cuentos

V

La que corre: ¿Llegaste?

La que ha crecido: Sí

La que corre: ¿Hace rato?

La que ha crecido: Algo

La que corre: No me despertaste

Pausa.

La que corre: ¿Cuánto dormí?

La que ha crecido: Años

Pausa.

La que ha crecido: Vamos a caminar

La que corre: ¿No llevás mascarilla?

La que ha crecido: ¿Mascarilla?

La que corre: ¿Cuánto? ¿Cuánto hace que me dormí?

La que ha crecido: Lo necesario. Lo necesario para volver a soñar con papá.

Vamos.

Vamos a caminar

La que corre: Vamos... a caminar...

San Salvador, octubre, 2021

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
El Salvador 13 de octubre 2022